



Capítulo 241

Reacciones Al Descenso

De regreso en Antares, Helios había expulsado a todos los invitados de la fiesta y había emitido una orden de silencio.

Cualquiera que hablara de algo de lo que había ocurrido esa noche sería rápidamente castigado, y ninguno de ellos quería ganarse la ira del dragón dorado.

Los únicos que quedaron atrás fueron la familia de Abaddon, Erica y sus hijos, Darius y su botella de whisky y los dos generales de Belphegor.

Este grupo había estado observando en silencio a los dos señores demonio, afligidos por el dolor, mientras se retorcían en el suelo por lo que pareció una eternidad.

Los dos gobernantes tenían preguntas, pero eran lo suficientemente inteligentes como para poder armar las respuestas por sí solos, sin siquiera abrir la boca.

¿Quién sabía que los siete pecados tenían una debilidad tan evidente?

"Pero ese hombre... no parecía afectado como estos dos", pensó Erica. "¿Estaba simplemente actuando?"

Cuanto más pensaba en ese escenario, más dudaba fuera así.

¿Cuál fue entonces el factor diferenciador?

Su interés en el señor demonio comenzó a crecer significativamente, y se preguntó si la sospecha de Darius sobre que eventualmente vendría por su tierra era realmente cierta.

«Si es así, entonces habrá que tomar ciertas medidas... Incluso si eres el hijo de un amigo, no entregaré voluntariamente mi nación a nadie.»

Después de varios minutos de gemidos alimentados por el dolor, Belphegor y Leviathan de repente pudieron controlar su respiración y regresaron a cierta sensación de normalidad.

—¿Estáis bien, mis reyes? ¿Qué os ha pasado? —preguntó Pitias.



El caballero de la muerte no se había apartado del lado de los dos señores demonios, e incluso había comenzado a sospechar que había ocurrido algún tipo de juego sucio, aunque no se atrevía a decirlo en voz alta.

Especialmente no con otros cuatro semidioses en la habitación.

—Estamos... ¿bien? —murmuró Belphegor.

"Eso parece..." Leviathan se tocó todo el cuerpo para ver si había algún dolor persistente, pero no había ninguno.

Esto no tenía ningún sentido.

Cuando Asmodeus murió, todos los pecados sufrieron un dolor terrible durante un DÍA entero antes de que pudieran volver a la normalidad e incluso entonces su poder había sufrido un recorte bastante notable.

Pero ahora la terrible sensación que sentían se había desvanecido en menos de una hora, y cualquier energía perdida ya estaba empezando a regresar a ellos.

—Estáis todos bien ahora, ¿verdad? ¿Podéis entonces marcharos de mi jardín? —preguntó Helios con brusquedad.

El dragón dorado recibió un pequeño pellizco en su costado y miró hacia abajo para ver a su bisnieta más joven mirándolo con sus mejillas hinchadas.

—¡El bisabuelo debería ser más amable! ¿Y si les empieza a doler de nuevo porque los obligaste a irse demasiado pronto?

Los niños aún no tenían idea de que Helios había excomulgado a Abaddon de la familia real y que ya no estaban oficialmente relacionados, por lo que había muy poco que impidiera que Mira expresara su opinión.

Leviatán, Belphegor e incluso Helios parecían estar completamente desconcertados por el hecho de que esta jovencita realmente hubiera intentado regañar al dragón dorado.

La reina de la envidia estaba en el suelo riéndose, mientras que a Sloth parecía resultarle intrigante que una niña, que ni siquiera conocía, estuviera preocupada por su bienestar.



Helios quedó sorprendido y parpadeó varias veces mientras intentaba procesar este repentino asalto.

Mira lo miraba fijamente sin pestañear y no parecía tener intenciones de dar marcha atrás.

El indomable semidiós de la guerra interminable en realidad estaba siendo presionado por una niña de seis años que todavía usaba un mono para dormir.

Miró a las madres de las niñas en busca de apoyo, solo para encontrarlas paradas a un lado y riéndose como si no hubiera un mañana.

Helios finalmente abrió la boca para hablar y declarar que su palabra era ley, y fue entonces cuando sucedió.

Apophis, que había estado mirando distraídamente el techo de cristal, cayó de espaldas y miró al cielo con horror.

"¿¡Qué es eso!?"

Todos siguieron su mirada y tuvieron reacciones iguales o incluso peores.

Muy alto en el cielo, más allá del alcance de las nubes, había dos brillantes ojos serpentinos de color rojo que parecían estar observando todo el planeta.

"¡¿Qué carajo?!"

"¿De dónde salió eso?"

"¡Acabo de orinar un poco!"

Todos, sin excepción, cayeron de rodillas y liberaron algún tipo de fluido corporal, ya sean lágrimas u orina.

Incluso los semidioses no pudieron reprimir este sentimiento de impotencia y, por primera vez en varios siglos, se sintieron abrumados por un sentimiento de inferioridad.

Pero sorprendentemente quien tuvo la peor reacción fue Helios.

El dragón dorado tenía ambas rodillas incrustadas en la tierra y un flujo constante de lágrimas corría por su rostro.

A diferencia de todos los demás, que no sabían nada sobre esta misteriosa entidad, Helios



era un verdadero dragón con acceso al conocimiento y los recuerdos de sus hermanos y predecesores.

Él sabía exactamente qué era esta entidad sólo por sus ojos.

—Nuestra gran madre y creadora... nunca pensé que sería tan digna... —murmuró.

El constantemente orgulloso y arrogante Helios sentía no ser más que un organismo unicelular frente al ser que era literalmente responsable de la creación de toda su raza.

A medida que el pánico continuaba, el par de ojos rojos en el cielo pronto se transformaron en una masa de energía puramente blanca y comenzaron a chocar con algún tipo de fuerza planetaria invisible como si estuviera tratando de entrar.

¡BOOM!

¡BOOM!

¡BOOM!

—¿Está intentando descender?! ¿Por qué? —gritó Erica mientras se agarraba el cabello.

—¿Quién sabe?! ¡Solo agárrate a algo! —advirtió Darius.

Su entorno continuó temblando aparentemente sin fin, y los habitantes del jardín de la difunta reina pensaron que todo el castillo iba a derrumbarse en cualquier momento.

Crack.

Fue un pequeño sonido que realmente nadie debería haber escuchado.

Pero de alguna manera, el sonido del vidrio rompiéndose atravesó todos los gritos que se escuchaban abajo y llegó a los oídos de todos en el mundo.

Hubo un destello de luz, seguido de una ola de energía que pareció pasar por todo Dola y esta terrible experiencia, única en la vida, terminó en un abrir y cerrar de ojos.

Pero para algunos, esto apenas estaba comenzando.



No mucho después de que el extraño faro terminara, las esposas de Abaddon comenzaron a sentirse un poco extrañas.

"Qué es esto...?"

"De repente tengo mucho sueño..."

"Siento calor..."

"Y-yo también..."

"Chicas... miren..."

Bekka señaló hacia la región púbica de cada una de ellas, donde se podía ver la marca de su marido brillando incluso a través de sus vestidos.

Una por una, todas las esposas se desmayaron en el pasto, excepto Seras y Lisa, quienes parecían estar experimentando una gran cantidad de incomodidad.

"¡¡Aaaaggghhhh!!"

De repente, un grito desgarrador cortó el aire, y Apophis estaba en su origen.

La gran serpiente estaba enroscada en una bola, agarrándose la cabeza y sangrando por la nariz.

Su aura parpadeaba caóticamente y solo Helios era capaz de reconocer lo que estaba sucediendo a simple vista.

Pero incluso él pensó que tal vez estaba equivocado.

"¿E-estás bien?"

""¡Hermano!""

Sorprendentemente, Thea y Mira corrieron a su lado, pero estaban acompañadas por la más joven de los hermanos Vermillion, Claire.

Antes de que pudieran alcanzar al joven príncipe, los tres fueron elevados en el aire por algún tipo de fuerza telequinética y quedaron fuera de su alcance.

"¡¿Qué estás haciendo?!"

"¡Bájanos, bisabuelo!"



Helios simplemente negó con la cabeza e ignoró las quejas de las tres muchachas.

"Ustedes, las niñas, no lo entienden, pero él debe pasar por esto. No tienen idea de la gran bendición que esto supone y, si interfieren, seguramente fracasará".

Helios no lo podía creer.

Ante sus ojos estaba presenciando algo que ni siquiera sería teóricamente posible, y sin embargo, no tenía más remedio que reconocerlo como una realidad.

Seras, Lisa y Apophis estaban pasando por una transmutación.

Finalmente, hubo un cambio entre los tres, y Helios se sintió como si estuviera al borde de su asiento.

El cambio de Apophis vino primero.

El cabello rojo oscuro que corría por su espalda se volvió de un intenso color púrpura oscuro, y sus vibrantes ojos verdes se volvieron tan rojos como rubíes.

Dos cuernos oscuros brotaron del costado de su cráneo, y de inmediato se desmayó, exhausto y sudoroso.

«Un fracaso, ¿eh...?», pensó Helios decepcionado.

Su bisnieto estaba a punto de alcanzar la verdadera grandeza, y aun así no había logrado alcanzarla.

'Entonces esos dos también...?'

Helios dirigió su atención a Seras y Lisa, y supo solo por sus auras que no iban a fallar.

Poco a poco, aparecieron grietas doradas en la carne de las chicas, antes de que se desprendiera para revelar una carne más dura y fascinante.

Se convirtieron en mujeres que eran nada menos que bellezas que desafiaban al cielo, casi iguales a su marido en términos de encanto.

Una sensación de poder y opresión ahora las inundaba en oleadas, y sus rasgados ojos de reptil se volvieron aún más aterradores.

Una vez que sus cuerpos dejaron de cambiar, ambas también cayeron y rápidamente se



unieron a sus compañeras esposas y su hijo en la tierra de los sueños.

-En realidad lo han hecho, pero... ¿cómo?

Helios parpadeaba continuamente para asegurarse de que lo que veía era cierto, pero no importaba cuántas veces lo hiciera, la escena frente a él no cambiaba.

—¡En el nombre de Asera, ¿qué está pasando?! —preguntó Darío en voz alta, pero nadie parecía tener una respuesta para él.

De repente, un portal gris oscuro se abrió en el jardín y Asmodeus lo atravesó con Yara dormida en sus brazos y Abaddon flotando detrás de él.

Abaddon estaba completamente desnudo, con solo la túnica de su padre cubriendo su región inferior, y todos podían ver cómo el dragón anteriormente saludable y musculoso ahora parecía débil y escuálido en comparación.

'Él también, ¿eh...?'

Helios no se dejó engañar en absoluto por la débil apariencia del dragón demoníaco.

Incluso aunque en ese momento pareciera excremento de oveja, en aguas poco profundas, el Rey Rojo sin duda era más poderoso ahora que nunca.

Tan pronto como Belphegor y Leviatán vieron a su compañero de pecado, supieron inmediatamente lo que había hecho, pero no podían creerlo.

"Hermano... ¿qué-"

"¿Cómo es esto siquiera..."

"Ahora no, ustedes dos. El momento de las preguntas llegará más tarde".

Asmodeo abrió dos portales de color gris oscuro debajo de cada uno de sus hermanos y los envió a ellos y a su séquito de regreso a sus dominios.



No tenía ninguna duda de que dentro de unos días se convocaría una reunión y que podrían hacer todas las preguntas que quisieran en ese momento.

Pero por ahora, su paciencia se había agotado y los invitados innecesarios debían irse de inmediato.

Luego Valerica y sus hijos fueron enviados a casa, seguidos por el rey enano Darío.

Cuando sólo quedó la familia, Asmodeo finalmente cayó de rodillas exhausto y Helios llegó a su lado.

Echó un vistazo al estado de su hija y supo de inmediato lo que había pasado, pero también supo que su regeneración era lo suficientemente potente como para que algo así se curara en dos días.

Le dolía verla así, pero por ahora quería saber qué había pasado cuando los tres abandonaron ese lugar.

Estaba seguro de que la historia estaba relacionada de alguna manera con la aparición de la gran madre, así como con cómo Abaddon, Lisa y Seras se habían convertido en verdaderos dragones.